

Los portuarios de Dantzig se declaran en huelga como protesta de los cargamentos de armas para los sediciosos españoles



De Copenhague dan los siguientes datos sobre los envíos a los rebeldes españoles. Los corresponsales de Dantzig han recogido información relativa a los cargamentos de material bélico. El 24 de septiembre, el barco griego «Polomilla» llegó al puerto de Godingen, donde cargó mil toneladas de municiones traídas por el vapor danés «Bos» y 600 toneladas traídas por un vapor alemán. El vapor griego ostentaba el nombre de «Sylvia», que no es el que le corresponde en realidad. El «Sylvia» salió de Dantzig el 25 de septiembre, habiendo anclado en el Westerplatte, parte del puerto destinado a la marina de guerra polaca. Durante cuatro días tomó a bordo material de guerra traído por vía férrea: ametralladoras, detonadores y pistolas.

El punto de desembarco era Portugal, y el capitán del navío no ocultó a la tripulación la circunstancia de que el cargamento iba destinado a los rebeldes españoles. Sin que pueda precisarse bien el motivo, se sabe que ocho marineros abandonaron el barco en Godingen, y que tres más hicieron lo propio en Dantzig.

Durante la carga esa parte del puerto no fué accesible a los trabajadores del muelle. La mano de obra necesaria fué proporcionada por los sindicatos «amarillos» y hasta entre esos operarios, hubo algunos que se negaron a trabajar. Los obreros del puerto enviaron un telegrama de protesta al ministro de Negocios Extranjeros de Polonia, coronel Beck. Como protesta se declaró la huelga.

La obra criminal del cabecilla Cascajo

Diariamente se ha fusilado en Córdoba a un centenar de obreros

Lo que cuenta un evadido de la capital cordobesa

Un camarada que se ha evadido de Córdoba ha sostenido con un periodista de Madrid, la siguiente conversación:

—Mi fuga no tuvo nada de particular. Aproveché una noche en que el jefe fascista, influenciado por los rumores y bulos que por la población corrían, dejó desguarnecidos algunos barrios extremos para concentrar una tropa en la estación. A pesar de la oscuridad, me orienté fácilmente, como buen conocedor del terreno—no en balde jugué por aquellos andurriales toda mi infancia—, y después de caminar unas cuantas horas, me presenté en nuestras filas. Total, nada importante.

—¿Se fuga mucha gente de Córdoba?

—Mucha, a pesar de las precauciones que toman los fascistas. No pueden vigilar todas las salidas. Le daré un dato curioso: jamás se ve a nadie por los caminos desde la capital; todo el mundo huye a campo traviesa, aprovechando el primer descuido, arrastrándose, utilizando los accidentes del terreno y las noches oscuras y lluviosas. Y el mando de ellos se desmorona al ver la sangre, daría el inevitable de la población, que se venifica como por arte de magia. Por ello, han apelado al recurso de detener en masa a cuantos elementos no les son completa e incondicionalmente adictos.

—¿Hay muchos detenidos?

—Innumerables. Varios miles.

Durante varios días, en Córdoba se ha efectuado un promedio de ochenta a noventa fusilamientos

—¿Y fusilamientos?

—Ya he leído en la Prensa de aquí cuanto se ha dicho sobre ello. Todo es, exacto, por desgracia. Los días que permanecí en Córdoba, había un promedio diario de ochenta a noventa fusilamientos. Hubo uno, que nos asombró, en el que sólo hubo veintiocho. Pero otros, por el contrario, pasaban de ciento cincuenta.

—¿Dónde verifican las ejecuciones?

—En cualquier parte: pero sus lugares preferidos son dos: las tapias del cortijo de Lagarito y el cementerio de San Rafael. Añada usted un detalle: los días que iba por allá nuestra aviación, aumentaba extraordinariamente el número de fusilamientos. Lo anunciaron—y lo cumplieron—que por cada bomba que cayera en Córdoba, fusilarían a veinte presos. Así, cada día que aparecía un avión nuestro, podíamos calcular el número de compañeros que caerían al día siguiente. ¡Diez bombas! Doscientos fusilamientos. No fallaba.

—¿Qué aspecto presenta la población?

—Ellos quieren aparentar normalidad. Para conseguirlo obligan a la banda a dar dos conciertos diarios en días laborables, y tres los festivos. Pero en la población civil hay terror y hambre. Mucha hambre. Mucha escasez.

—Quede un instante callado, y luego, díga: —Añada usted, antes que se me olviden, dos detalles de interés en lo referente a fusilamientos: allí no dan jamás los nombres de los fusilados; pero, hay un dato infalible para las familias. Como a los presos no les dan ni comidas ni ropas, han de llevarse a sus familias. Pues bien: el día que, al acudir la familia, le devuelven el petate y le dicen que no

volviera más, ya se sabe lo que eso quiere decir. Y el otro detalle es el de que, para intimidar a la población, una tarde fué un avión, de ellos mismos el que dejó caer cinco bombas sobre los barrios obreros. A la mañana siguiente, des pues de anunciarlo profusamente, fusilaron a cien trabajadores en el cementerio. Por cierto que uno de sus más entusiastas partidarios, es Algabeño, que les entregó su avioneta, para bombardear aquellos cortijos.

Los fascistas tienen escasez de bombas

—¿Tienen ellos mucha aviación?

—No importa tanto el número como la calidad del armamento y de los hombres que lo manejan. Sus aviadotes no son precisamente héroes. En cuanto empezamos a tirarlos, dan media vuelta y tiran las bombas en cualquier sitio, en medio del campo. Eso se debe a que, según nos hemos enterado, los extranjeros que vienen a sueldo cobran una prima por cada bomba que arrojan. Y lo interesante para ellos es volver vacíos a sus bases, aunque no hayan ocasionado daño alguno.

—¿Es extranjero también el material?

—Disponen de aviones alemanes e Italianos. También hemos traído a Madrid, en este viaje, y las hemos entregado a las autoridades, unas escopetas con marca italiana.

—Bonita luego, socarronamente, nuestro interlocutor, para decirnos: —Sin embargo, deben andar mal de municiones, o deben llevarlas a otros frentes. Porque también hemos entregado a las autoridades la metralla que llevaban las últimas bombas que nos han tirado. ¿Sabe usted lo que era? Pues una infinidad de medallas de la virgen, trozos de rosario... ¡e incluso una virgen, de unos veinte centímetros, con peana y todo! No es preciso decir la juergueta que nos corrimos en los parapetos con el hallazgo.

—¿Y son bombas grandes las que arrojan?

—¡Ni mucho menos! La que más: llevará hasta sus buenos tres o cuatro kilos de metralla. En otras ocasiones, nos han tirado también bombas de cañón. Por eso le digo que deben andar muy mal de municiones.

El humanismo de un aviador leal

—¿Algún dato más de aviación?

—¡Hombre! Recuerdo ahora uno magnífico. Durante varios días, bombardeó Córdoba un trimotor nuestro. A la misma hora, aparecía todas las mañanas. Sereno, tranquilo, sin intimidarse ante el fuego que se le hacía, dejaba caer sobre la ciudad sus veinte bombas, con éxito fijo. Un día, decidieron los facciosos acometerlo con otro aparato suyo. Apenas apareció el nuestro, se elevó en un caza el capitán Morato. Buen aviador, sin duda; pero el nuestro era infinitamente mejor. Hábilmente, eludió la persecución de que era objeto y lanzó, con toda tranquilidad, todas sus bombas. Y, cuando terminó su misión, se dedicó, entonces, a su vez, a cazar al cazador.

—¿Y lo logró?

—Lo que sucedió entonces fué de un dramatismo extraordinario. Cortero, el nuestro consiguió incendiar al aparato enemigo. Para sal-



varse, el capitán Morato tuvo que lanzarse utilizándolo el paracaídas. Como descendía lentamente, todos esperábamos que el trimotor arremetiese contra él; pero, sin duda guiado por un sentimiento de caballerosidad o de humanidad, dio media vuelta y se volvió a su base.

—¡Bravo ejemplo!

El fusilamiento de Morato

—Espere usted, que no he terminado: A Morato lo obsecularon con un banquete para festejarle por haber salvado la vida. Al terminar, después del saludo fascista y de los inevitables gritos de «¡Arriba España!», alguien dijo que era preciso, en el próximo vuelo, abatir al trimotor. Y entonces, ante el estúpido de todos, se levantó Morato para decir: ignoro quien haya sido mi adversario. Pero, sea quien fuere, es un caballero. Me ha perdonado la vida con una generosidad que no puedo olvidar, y a la que he de corresponder. Pudo acometer a mi paracaídas, y no lo hizo. Y yo les anuncio desde ahora que contra él no me elevaré jamás. El asombro no fué para dicho. Ni tomando en serio o en broma sus palabras, fué posible disuadir a Morato de su propósito. ¡Sabe usted el final? Pues que Morato fué fusilado al día siguiente.

Los fusilaron de rodillas, atados codo con codo, de dos en dos....

—¿Tienen ellos muchas tropas?

—Pocas. Apenas disponen de unos cuatro mil hombres para todo el frente. Pero, de una parte, utilizan niños y tercios como fuerza de choque. Y, de otra, tienen buena artillería.

—¿Cometen muchas crueldades?

—Infinitas. A las tropas mercenarias, cuando ocupan algún pueblo, les conceden una hora para hacer fusilamientos y otra hora de saqueo. Claro está que, en la mayoría de las veces, estas dos horas se convierten en cuatro o seis, sin que los jefes pongan remedio a ello ni se preocupen. Después vienen los señorios a rematar la obra. Y no quiera nadie saber las violaciones y los atropellos cometidos. Baste un ejemplo. En Villanueva abusaron de cuantas mujeres no pudieron ocultarse. Y luego de ello, a las que no mataron, les cortaron los pechos. En Córdoba, el administrador de la fábrica mecánica—un tal don Benito—iba señalando a los obreros, cuando entraban al trabajo, a un pliquecito de moros. «Este, sí; éste, no; éste, sí; éste, no...» Y ya se sabía: los favorecidos con el jefe, no eran fusilados sin más averiguaciones. Hasta que extremo llegaría la cosa, que el mismo don Benito tuvo que intervenir, porque se quedaba sin obreros. En las casas modestas, fueron incautadas todas las radios y desmontados y fusilados cuantos escuchaban a Madrid. Por cierto que uno de esos fusilados tenía shivarse y apareció a los pocos días en Villanueva, con gran estupefacción de su familia, que ya lo llevaba luto. Era un chéfer que se negó a prestar servicio a los facciosos. Lo fusilaban de rodillas, atados codo con codo, de dos en dos, en los vuellos de espaldas, al pedirla de ejecución.

Esto es lo que ha contado un superviviente de la horrible represión decretada en Córdoba por el criminal Cascajo.



Libres del fascismo, los pueblos recobran a serena belleza del trabajo y de la vida